

SARMIENTO NO SE EQUIVOCÓ



Por Rubén Torres

Entre muchos otros argumentos para fortalecer la educación, Sarmiento mencionaba, ante la inmigración masiva, que era necesario hacerlo pues: «Sus hijos nos van a gobernar». Emblema de excelencia e igualdad de oportunidades, esa educación nos transformó en un país de avanzada y modelo de la región, pero fue involucionando a través de los años, y atraviesa hoy una grave crisis, que impulsa un modelo de inequidad.

Un primer síntoma se registró en 2003, cuando comenzó una fuga de alumnos de la escuela pública (inédita desde la sanción de la Ley 1420 de educación gratuita, común y obligatoria en 1884): alrededor del 20 % de los inscriptos en educación primaria pasó de la escuela pública a la privada y, como indican todas las evaluaciones, el nivel de conocimiento de los chicos de las privadas superó al de las públicas.

En 1997, UNESCO realizó pruebas a alumnos de tercero y sexto grado: Argentina fue segunda, detrás de Cuba; en 2013, Chile obtuvo el mejor resultado (Cuba no se presentó) y Argentina ocupó el octavo lugar. Un inconveniente es el incumplimiento de la Ley Nacional de Educación, que estableció que hacia 2010 el 30 % de los chicos debía tener jornada escolar extendida. En CABA casi el 50 % de los alumnos

primarios estatales la tienen, pero fuera de ella, sólo gozan de ese beneficio el 2 o 3 por ciento.

Tenemos el calendario escolar más corto del mundo, sobrecargado de feriados y huelgas, con días no trabajados que no se reponen. Somos también uno de los países de América Latina con mayor cantidad de docentes por alumnos; docentes formados en más de 1000 institutos terciarios, a diferencia de los países que obtienen los mejores resultados, donde la docencia es una carrera universitaria (Finlandia,

“Tenemos el calendario escolar más corto del mundo, sobrecargado de feriados y huelgas, con días no trabajados que no se reponen”

Corea, etc.), y sólo pueden ser educadores los mejores promedios de la escuela secundaria (Ecuador).

A mediano plazo, eso debiera llevar a que los mejores sueldos de la administración pública estuvieran destinados a los docentes. Nosotros empezamos al revés: reclamamos los mejores sueldos para docentes con escasa capacitación, y que en algunos casos rechazan la desaparición de esos institutos terciarios y su reemplazo por una Universidad.

Mediciones del aprendizaje de estudiantes de primaria y secundaria, como el Operativo Aprender, son uti-

lizadas en todos los países como herramienta para decisiones de política educativa y permitir a las familias conocer la situación de la escuela de sus hijos.

En Argentina, la imposibilidad de acceder a la información está avalada por el artículo 98 de una ley, que habla de resguardar la identidad de las instituciones, y no permite la difusión de resultados por considerarla «estigmatizante». Corresponde decir, que la prohibición no incluye a la propia escuela, por lo que los directores de las instituciones educativas públicas y privadas tienen las evaluaciones a disposición; aunque, casi ninguna familia se toma el trabajo de averiguar el resultado.

El régimen educativo argentino, burocrático y centralizado, gasta mucho en estructuras superiores y poco en las aulas. La gran cantidad de gente con funciones fuera de ellas (inspectores, supervisores, etc) explica la alta cifra de docentes respecto de los alumnos. Deberíamos avanzar hacia un régimen en el cual la dirección de la escuela tenga mayores facultades y las estructuras superiores se dediquen a la programación y control no a la gestión: en Finlandia el 20 o 25 % del currículum lo determina la propia escuela, con participación de los padres y la cooperadora.

La escuela secundaria es una demostración aún más grave de inequidad:

cada 100 alumnos se gradúan 42 y la “tiranía de los promedios” muestra que en las escuelas privadas egresan 70 de cada 100, mientras que en las públicas sólo 30 de los que ingresan a primer grado. Los chicos que abandonan son los más humildes: en Misiones y Santiago del Estero, casi todos los que van a escuelas privadas se reciben, mientras en las estatales lo hacen un 10 o 15 %.

En la prueba PISA de 2012, el 66 % de los estudiantes argentinos tenía un conocimiento insuficiente en matemáticas (el promedio a nivel mundial es 23 % y en los países asiáticos entre 3 y 6 %). Somos el país de América Latina con más estudiantes secundarios en proporción a la población y, a la vez, el que tiene menos egresados. En Brasil se gradúa el 80 %; en Chile, el 70 %; en Colombia, el 110 %, y México, el 60 % más que nosotros.

Todos ellos (como más de 100 países) exigen para pasar de la escuela secundaria a la universidad un examen de validación. Aquí pensamos que eso es sinónimo de restringir; aunque el mensaje que emite el ingreso irrestricto a los estudiantes del último año del secundario es que no es importante estudiar para ir a la universidad.

El resultado es que la mitad de nuestros estudiantes no aprueba más de una materia cuatrimestral después de un año, pues carecen de metodología y disciplina de estudio. De cada 100 estudiantes que ingresan a una universidad privada se reciben 40 y 60 desertan; en la pública los valores son 28 y 72, respectivamente. No tenemos además egresados en carreras científicas y tecnológicas (ciencias, matemáticas, ingenierías): de 120 mil graduados, alrededor de 60.000 pertenecen al área de ciencias sociales, 30 a ingeniería en petróleo, y sólo 5 a ingeniería hidráulica.

Una matrícula del siglo XIX.

A pesar de la retórica, no hay pobres en la universidad porque la gratuidad es un mecanismo de transferencia de ingresos a los más acomodados, que predominan en la universidad y en su mayoría vienen de escuelas privadas.

Un Fondo de Solidaridad Universitaria, le permite a la universidad uruguaya becar con 280 dólares por mes al 20 % de sus estudiantes, con el aporte de los graduados (que aportan 120 dólares por año por toda su vida profesional), y no de contribuyentes que en su gran mayoría no van a la Universidad. Eso representa un ver-

“Reclamamos los mejores sueldos para docentes con escasa capacitación, y que en algunos casos rechazan la desaparición de esos institutos terciarios y su reemplazo por una Universidad”

dadero espíritu solidario, y no el reclamo de gratuidad e ingreso irrestricto de un grupúsculo de pseudo revolucionarios progresistas formados en escuelas secundarias de elite, que no trabajan para sostener sus estudios y discurren sus teorías en los bares más caros de Buenos Aires.

O el tema de debate permanente de la situación de los extranjeros que estudian en el país y tienen el mismo beneficio que los argentinos. En Uruguay, para poder ingresar a la Universidad de la República y acceder a la gratuidad, salvo en el caso de los exiliados políticos por dictadura, se exige residencia mínima de 3 años en el país. En el resto de los países –Brasil, Colombia México, Chile– sólo pueden hacerlo si dan los exámenes de evaluación secundaria; y sin gratuidad. En Colombia, existe gratuidad, pero sólo para los quintiles 1 y 2 de la población.

Lamentablemente, la sociedad argentina resulta incapaz de inducir una demanda social y no está madura para pedir una mejora en la educación, asumiendo el tremendo desafío que implica el futuro; y prefiere refugiarse en el egoísmo de la huida individual a la seguridad de la Universidad privada.

En el difícil mundo globalizado del siglo XXI progresan los países que tienen recursos humanos con buena educación, y nosotros estamos enviando a ese mundo a adolescentes que van a tener serios problemas. Argentina no saldrá de la pobreza sin desarrollo pujante y para alcanzarlo, en el siglo de la ciencia y la tecnología, requeriremos del capital humano adecuado, y un buen sistema educativo y no sólo recursos naturales; Corea, con escasos recursos naturales, tiene mucho mejor nivel de vida que Nigeria con ingentes recursos petroleros.

La clase dirigente debiera prestar atención al futuro del país y no discutir sandeces como el lenguaje inclusivo. No hace falta mirar a Finlandia o Suiza, sino a nuestros vecinos, Brasil, Colombia, México (que se van a quedar con las inversiones por tener una fuerza laboral mejor capacitada), realizar una verdadera epopeya educativa, asumir la realidad e ir más allá de lo que pretende la sociedad; pensar dónde va a estar la Argentina en 2050, porque ese será el país de los chicos que hoy tienen 10 años.

Es una reforma estructural que puede durar 10 o 15 años, requiere una clase dirigente rectora, capaz de adelantarse a los intereses de la sociedad, de ver el futuro, con grandeza de estadistas. Como Sarmiento, que no se equivocó: los últimos cinco presidentes son hijos de inmigrantes de primera generación.. 